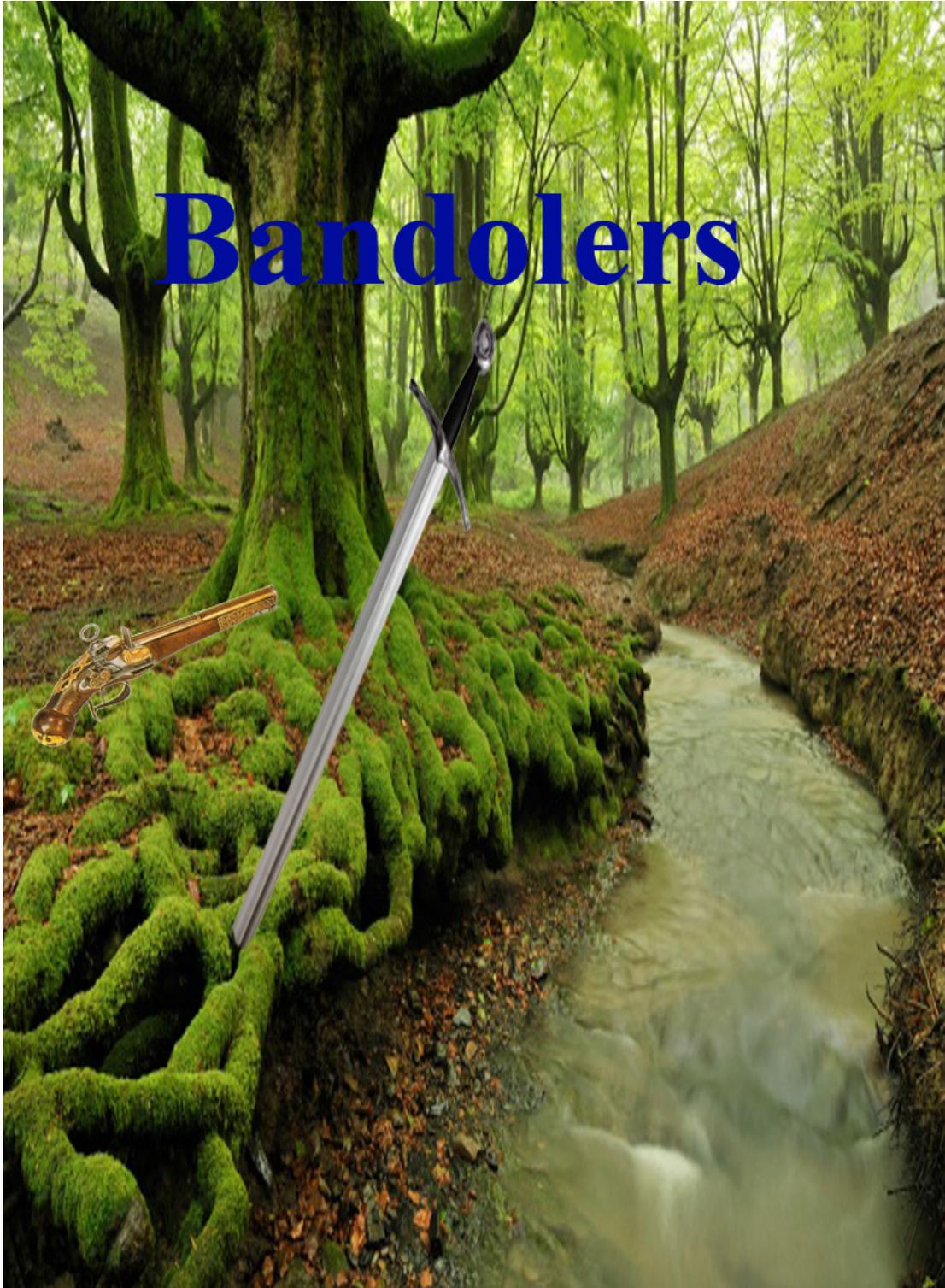


Bandolers catalans cap 1

José Naves



Capítulo 1

Bandolers catalans

Culobert

Voy a transcribir al papel parte de mi personal historia. Posiblemente la única causa es el aburrimiento y la soledad, al menos hasta que conocí a Pennifort, aunque a decir verdad tampoco es un gran conversador. De talante hosco, huraño, avaro hasta lo indecible en palabras, sería más buena compañía de los monjes de clausura, sobretodo, aquellos que han hecho voto de silencio. Tampoco entre sus escasas virtudes, está la de saber escuchar, más preocupado por lo general, en soltar mamporros a troche y moche, en ocuparse de llenar su barriga y en roncar desafortadamente durante sus largos periodos de sueño, que en escuchar mis sabias e ilustradas explicaciones.

De mí, diré, huyendo del horrible pecado que supone la falsa modestia, que soy un hombre culto, avanzado a mi época, a pesar del aislamiento que supone mi actual situación, como bandolero oculto en los espesos bosques.

La explicación es simple. Desde que tengo memoria, mis días transcurrieron en un monasterio benedictino, Sant Salvador de la Vedella, donde me recogieron siendo muy niño. Adoctrinado en la fe cristiana y las estrictas reglas de la vida monacal, aprendí lenguas. Latín, catalán, castellano y occitano así como también algo de griego. Harto de oraciones, de comer verduras y beber agua, cuando contaba a la sazón diecisiete años (según creo, pues nadie podía decir con exactitud mi fecha de nacimiento), decidí abandonar la seguridad de monasterio y la aburrida existencia que allí llevaba. Así, una noche en que los cielos se abrieron en un manto oscuro y las negras nubes arrojaron sobre la tierra agua en cantidades mucho más que generosas, aprovechando la confusión reinante salté el muro del monasterio y escalando con gran riesgo la resbaladiza pared exterior, me perdí en la espesura, iluminado únicamente por los relámpagos y arropado por el fragor ominoso de los truenos. Corría el año de gracia de nuestro señor de 1613.

He de decir que no soy un hombre fuerte, ni alto, ni siquiera bien parecido.

Pero poseo una innata agilidad y rapidez casi animal de reflejos.

Cuando estrené mi libertad, mis pasos me llevaron hasta una importante población de cuyo nombre no quiero hacer mención. No me resultó nada complicado, dado mi alto nivel cultural encontrar un trabajo. Poco me costó convencer al amo de un taller (obrador) de cerámica de que

desistiese de su primitiva intención de colocarme como aprendiz. Dado que la arcilla y mis manos no se llevan nada bien, no hube más remedio que mostrar mis amplios conocimientos en lenguas y números. Varias frases en latín, catalán y occitano, amén de una buena forma de cómo llevar las cuentas y podía ganar más monedas, fue mi puerta de entrada al noble empleo de escriba o escribiente, con todos los atributos que este suponía.

Pero... por una serie de funestas circunstancias que en estos instantes no me encuentro con ánimos de referir tuvo que abandonar precipitadamente mi cómoda posición y la villa.

Y desde ese malogrado momento, recorrí los bosques por caminos poco frecuentes, robando a cuántos viajeros se cruzaban en mi camino, asaltando por la noche alguna masía, sin que esto mermase cualquier otra fechoría, de las cuales me siento profundamente orgulloso.

Pennifort

En mis incursiones por parajes solitarios y que habrían hecho retroceder a otro más cobarde o más cuerdo, me encontré un buen día (o mejor dicho una noche) con Pennifort.

Estaba yo cenando un genial asado de borrego, acompañado de un vino de razonable calidad, cuando mi fino oído detectó un casi inaudible rumor, detrás de mí. De forma que, con calma, pero siempre alerta, me alejé del círculo iluminado por la hoguera, tomando una pequeña rama encendida, y extraje de mi cinto una larga y afilada daga. Ocultado sabiamente, esperé y a los pocos instantes una corpulenta sombra se hizo visible, mirando suspicazmente mi espartano campamento. No fue difícil asaltar por detrás y colocar mi cuchillo en su cuello, en una actitud que no podía generar dudas ni al más obtuso de los mortales. Con mi mano libre aplique la brasa en su derecha, lo que hizo que soltase involuntariamente su enorme espadón y antes de que tocase el suelo, ya estaba en mi izquierda. Un fuerte empujón lo alejó unos pasos de mí y, aun no rehecho de la sorpresa se giró y sus ojos me observaron con un brillo demoniaco que habría hecho huir a cualquier persona sensata.

- ¿de qué infierno has escapado, vil carroña? - le espeté - Veo claramente que tu intención era asesinarme y robarme.

Su expresión de sorpresa no escapó a las sombras de la noche, sino que fue intensificada por el fulgor danzante de las llamas.

-No pretendo matarte. Mi olfato me ha guiado hasta aquí, pues mi hambre es atroz y solo quería ver si eres tan buen cristiano como para compartir

algo de tu rico asado conmigo.

-Claro. Y por eso tu espada estaba desenvainada y en tu mano.

-Estos landes son peligrosos y es fácil encontrar gente malvada. Simple precaución.

Lo miré fijamente y omitiendo cualquier respuesta, le dije:

-Saca tu daga de su funda muy despacio y con suma delicadeza suéltala, empújala con tu pie hasta donde yo pueda alcanzarla.

Tras unos instantes de dudosa meditación hizo lo que le decía.

-Bien, toma asiento y sírvete lo que quieras. - Le ofrecí un pellejo de agua mientras lo observaba socarronamente.

Con la boca llena de asado, devorando a grandes bocados, me devolvió una interrogativa mirada.

Sonreí y le ofrecí otro pellejo más pequeño, con mi buen vino.

A partir de ese instante, compartimos nuestras vidas y andanzas. Más allá de la profunda amistad, llegamos a ser hermanos de tropelías.

Lo poco que me contó de su persona, sumado a mis dotes de observación, me mostró un tapiz bastante bien entretejido de su historia. Bandolero por obligación que no por devoción, de noble ascendente, sexto hijo de un duque, aunque obtuso de mente y reacio al aprendizaje, apenas sabía leer o escribir, sus ocupaciones favoritas eran comer, beber, pelear y fornicar. Esto último fue lo que le obligó a huir del ducado familiar (posiblemente, duques de Cardona) Parece que el marido de cierta baronesa quería lavar su honor mancillado con la sangre de mi buen compañero. Avisado a tiempo, salió por patas, no por cobardía, sino por sensatez, ya que más de medio centenar de soldados comandados por el barón cornudo, venían en busca de su cabeza.

Manecgross

Pasaron varios meses y encontrándonos ambos en la faena de esconder nuestro último botín en una pequeña cueva, que mis minuciosas pesquisas habían descubierto cierto tiempo atrás, nos sorprendió el estampido de un disparo de arcabuz, a poco menos de media legua de distancia. Pronto oímos que alguien se acercaba con los pies en polvorosa. Un tipo de pavoroso aspecto apareció ante nuestra vista, corriendo como

alma perseguida por el diablo. Le grité de inmediato:

-Eh, tú. Aquí, aquí.

Paró y mirando entre la maleza donde nos ocultábamos, acertó a distinguirnos. Tras una breve vacilación se acercó y le hicimos sitio en nuestro reducido escondrijo.

Al poco vimos pasar a la carrera a un capitán de somatents seguido de diez hombres fuertemente armados, no con palos, sino con espadas, trabucos y arcabuces.

Cuando el ruido del grupo nos advirtió que estaban suficientemente lejos, el enorme hombre se retiró unos pasos, se incorporó en toda su sublime estatura y pude apreciar que sobrepasaba los ocho pies. Manteniendo fija su mirada en nosotros, hincó una rodilla en el suelo y sacando la espada más enorme que he visto jamás, la colocó plana en las palmas de sus manos, y se expresó en estos términos:

-Yo, Manecgross, juramento lealtad hasta el fin de mis días a vosotros dos que habéis salvaguardado mi vida, librándome de esos malnacidos que querían mi cabeza.

-Bonita forma de expresar tu gratitud... ¡Eh! - exclamé – yo te conozco, al menos de oídas. Eres una leyenda en las posadas y tabernas de los pueblos. Bandolero, malhechor salvaje y brutal. Circulan historias acerca de ti, muchas. De cómo hace dos inviernos, hundiste el cráneo de un lobo de un solo puñetazo y que después de desollarlo te hiciste una capa con su piel...

Se giró y mostrando su ancha espalda pudimos ver una capa de magnífica piel gris blanca de gran tamaño. Prueba evidente de la veracidad de la historia.

-Bienvenido al grupo- terció Pennifort, saliendo de su habitual mutismo y tendiendo su mano.

Tras las presentaciones y observando que empezaba el crepúsculo, manifesté

-Bien, creo que es hora de preparar la cena. Un buen asado sería lo ideal para celebrar tan feliz evento, pero dadas las circunstancias no considero prudente hacer fuego, así que tal vez una comida fría sería lo más conveniente. Unos buenos trozos de queso, algo de carne seca y abundancia de buen vino ¿os parece?

Nada dijeron, pero afirmaron ambos con las testas.

Discurrió la cena que no tuvo nada de frugal, entre risas y comentarios, algunos de ellos a cargo Pennifort, cuya repentina locuacidad no dejó de sorprenderme.

-Cierto es que eres bien conocido por las veguerías de Agramunt y Prats de Rey. Las damas de distraída moral, comentan a hurtadillas, entre risas y rubores, lo bien dotado que estás y de cómo les procuras gran placer.

-Cierto es, no son pues rumores. Me place yacer con hermosas hembras de generosas curvas y grandes tetas A fe cierta, que ninguna ha salido defraudada de mi pericia amorosa. Como yo tampoco, en ninguna de mis muchas lides.

La luna estaba ya alta y era avanzada la hora de vigilia. Yo permanecía perfectamente despierto, porque soy de sueño ligero y de poco dormir. Mientras mis compañeros competían con clara ventaja con los sonidos nocturnos, apagando el ulular de búhos y lechuzas, con sus fuertes ronquidos y bufidos.

A mi fino olfato, llegó el olor inconfundible de una fogata, transportado en alas de la suave brisa nocturna.

Rápidamente acudió a mi mente un plan. Como siempre, audaz, peligroso, pero tácitamente posible. A la débil luz de la luna, que pretendía lentamente ocultarse tras unos negros nubarrones, rebusqué en nuestro escondrijo, hasta dar con un saquito de pólvora de una libra aproximada de peso y también un venablo.

Desperté a mis camaradas, que me obsequiaron con una retahíla de maldiciones y palabras que sobrepasaban ampliamente el concepto de grosería.

-Tengo una buena estratagema pensada para castigar a esos villanos que tan airadamente te perseguían. Puedo olisquear su fogata no muy lejos de nuestra posición –les expliqué.

- ¿Cómo? - interrogó Manecgross olfateando ansiosamente el aire nocturno- No huelo nada.

-Humm, poco olfato y mal entrenado. Pero te aseguro que no más lejos de una legua hacia el norte hay una fogata.

- ¿Y cuál es tu propuesta? –terció Pennifort.

-Es bien seguro que estarán dormitando en círculo, alrededor de la fogata, con un centinela. Mi plan es acercarme sigilosamente y hacer ciertos

preparativos. Vosotros permaneceréis ocultos entre el bosque.
Manecgross ¿puedes acertar a una fogata con este venablo y su carga?

Su mirada demostró cierta indignación por mi duda, reafirmada por el tono de sus siguientes palabras.

-Ya sé que hace tan sólo unas horas que nos conocemos. Pero considero ofensiva tu duda. Por menos de eso, le he hundido el cráneo a más de uno.

-Oh, lo siento, no he debido preguntar. Bien, cuando yo os dé la señal que será como un sonido de lechuza- procedí a imitarlo- lanzas esto al fuego. El saquito contiene pólvora negra, que no causará explosión, pero sí una súbita llamarada, que sin duda espantará a los somatents. Antes de que puedan reaccionar, Pennifort correrá hacia sus trabucos y se apoderará de todos los que pueda, mientras tú y yo los atacaremos desde ambos lados.

-Parece un buen plan, pero son once y nosotros sólo tres-objetó Pennifort.

- ¿y eso supone algún inconveniente?

- Por supuesto que no - reaccionó Manecgross con presteza y convicción.

La luna se ocultó tras una negra cortina de nubes, lo cual favorecía en sobremanera nuestro plan. Empecé a andar delante de ellos, desempeñando con diligencia la tarea de guía y tal como mi buen olfato me había señalado a poco menos de una legua, pudimos observar imprecisamente entre la espesura, el fuego de su campamento. Di silenciosas órdenes de que permaneciesen a cubierto y a la espera.

Y empecé a arrástrame, más silencioso que una serpiente. Entre unos espesos matorrales pude obtener una visión clara de su posición. El capitán, al que yo quería localizar, reposaba con su cuerpo apoyado en el tronco de un grueso roble.

No me costó acercarme por detrás y hábilmente sustraje su casco. De inmediato retrocedí unos veinte pasos y colocándolo en posición adecuada, me puse a cagar dentro. Iba un poco suelto de tripas, lo que hizo mi plan todavía más brillante. Con sumo cuidado regresé siempre lentamente y en total silencio, colocando el casco con su fétido contenido, en su original posición.

Me moví hacia una posición cercana, en la que quedaba situado a espaldas del centinela. Hice la señal convenida, lo que le hizo sobresaltar y girarse hacia mi posición. En ese mismo instante el venablo, efectuó un increíblemente veloz vuelo, para ir a clavarse en el mismo centro de la fogata. El tremendo fogonazo no tardó en producirse y todos los

durmientes se levantaron, presas de un terror mortal. El capitán se colocó su casco y al instante notó como una sustancia nauseabunda y pestilente resbalaba por su rostro, cegando sus ojos.

-A mí, somatents, a mí. Estoy embrujado, se me pudren los sesos. Piedad del cielo, me he quedado ciego y mi cráneo ha reventado, su sustancia pegajosa y nauseabunda resbala por mi cara ¡Socorro!

Entonces la atronadora voz de Manecgross, puso el punto álgido de terror en la desconcertada tropa. Con un grito inhumano, salió de la espesura en veloz carrera, soltando furiosos espadaos a diestra y siniestra. Algunos acertaron en el caos y la confusión reinantes a lanzarse en busca de sus trabucos... pero ya no estaban en su lugar.

Un fogonazo seguido de terrible estampido y de la voz no menos espantosa de Pennifort diciendo:

-Bellacos, deponed al punto vuestras armas y rendíos. Cincuenta hombres os rodean y darán cuenta de vuestras patéticas vidas si no obedecéis de inmediato.

Por mi parte me apoderé de varios de los trabucos y disparé corriendo y mudando de lugar rápidamente, para crear el efecto de que los disparos provenían de varios atacantes.

Ante esta infernal situación los hombres empezaron a soltar sus armas al tiempo que coreaban:

-Rendición, rendición. Perdonad nuestras vidas, por el amor de Cristo.

A esto el capitán restregándose los ojos venía dando tumbos, guiado por el griterío general

-Brujería, brujería. Estoy maldito Me pudro, apesto como las tumbas hediondas del infierno...

En esto apareció corriendo Manecgross con su terrible espadón enarbolado y dando espantosos giros.

¡Arggg! Os mataré a todos yo sólo, vil carroña...

Gritos implorando piedad, algunos de los hombres postrados de rodillas.

-Misericordia, misericordia

-Bien -tercié – Dejadlos con vida. Vosotros quitaros todo lo que lleváis encima, despojaos de toda vestimenta. Y cuando estéis como vuestra madre os trajo al mundo, apretad a correr, mientras pueda contener a

este ser salvaje y su terrible sed de sangre... Tú, capitán quítate la mierda de tus ojos y sigue el ejemplo de tus compañeros.

Con diligencia obedecieron.

Huid, corred cuanto podáis –les azucé, cosa innecesaria pues todos ellos corrían completamente desnudos, camino abajo, dando tientos y tropiezos, como almas perseguidas por todos los demonios de los siete infiernos.

Una vez los tres solos, decidimos quedarnos en el abandonado campamento y recoger al clarear el día, todo lo que pudiese sernos de utilidad.